



EL ARPA
DE DAVITA

CHAIM POTOK



libros del
Zorzal



EL ARPA DE DAVITA

CHAIM POTOK



libros del
Zorzal

Chaim Potok

El arpa de Davita

Traducción
Mónica Herrero

Colección dirigida por Sergio Tisminetzky



libros del
Zorzal

VAINER *Foundation*

Potok, Chain

El arpa de Davita / Chain Potok. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros del Zorzal, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

Traducción de: Mónica Herrero.

ISBN 978-987-599-459-1

1. Narrativa Estadounidense.. I. Herrero, Mónica, trad. II. Título.

CDD 813

Título original: Davita's Harp

© Alfred A. Knopf

This translation published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC.

Traducción: Mónica Herrero

Revisión: Agustina Blanco

Diseño de tapa: Juan Pablo Cambariere

© Libros del Zorzal, 2015

Buenos Aires, Argentina

Printed in Argentina

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Para sugerencias o comentarios acerca del contenido de este libro, escribanos a: <info@delzorzal.com.ar>

También puede visitar nuestra página web: <www.delzorzal.com>

A las madres
Mollie Friedman Potok
y Sonia Leona Brown Mosevitzky

*Dijeron: «Tienes una guitarra azul,
no tocas las cosas como son».
El hombre respondió: «Las cosas como son
se modifican con la guitarra azul».*

Wallace Stevens

*Lo salvaje es una condición temporaria
a través de la que nos dirigimos hacia
la Tierra Prometida.*

Cotton Mather

ÍNDICE

LIBRO UNO | 7

Uno | 8

Dos | 67

LIBRO DOS | 131

Tres | 133

Cuatro | 207

Cinco | 271

LIBRO TRES | 335

Seis | 337

Siete | 407

GLOSARIO | 495

LIBRO UNO

Uno

Mi madre venía de un pequeño pueblo en Polonia; mi padre, de un pequeño pueblo del estado de Maine. Ella era una judía no creyente; él, un cristiano no creyente. Se conocieron en Nueva York mientras mi padre cubría una historia para un diario de izquierda acerca de las condiciones de vida en un complejo de departamentos nauseabundos en Suffolk Street, en el Lower East Side de Manhattan, donde trabajaba mi madre. Esto fue a fines de los años veinte. Se enamoraron, tuvieron un breve noviazgo y se casaron.

Excepto su hermana y un tío, nadie de la familia de mi padre fue al casamiento. Eran todos devotos episcopales incondicionales; gente tenaz y elitista de Nueva Inglaterra, cuyos ancestros habían venido a América antes de la Revolución. Habían perdido hijos en las guerras de América: en la Revolución, en la Guerra Civil –dos habían caído entonces: el primero en Bull Run y el segundo en Gettysburg– y en la Primera Guerra Mundial, donde el mayor resultó malherido en Belleau Wood; regresó y murió poco tiempo después. La familia de mi padre –salvo su tío y su hermana– no asistió a la boda porque él había dejado su casa en contra de la voluntad de sus padres para ir a Nueva York y convertirse en periodista, y porque se casaba con una joven judía.

Mi madre había viajado a Nueva York desde Europa poco después del final de la Primera Guerra Mundial. Durante la guerra, había asistido a una prestigiosa escuela en Viena, donde se especializó en literatura inglesa y filosofía europea moderna. Tenía cerca de diecinueve años cuando llegó a América. Sus únicos parientes del lado americano del océano eran una tía y un primo hermano, el hijo de su tía. Se mudó al pequeño departamento de ellos en Brooklyn. Su tía, que había heredado algo de dinero de su difunto esposo, dueño de un pequeño taller clandestino en el distrito textil, le financió la universidad y la certificación como trabajadora social, y luego murió repentinamente.

Sólo asistieron al casamiento de mis padres sus amigos: una extraña mezcla de escritores, editores, poetas, gente de teatro y periodistas de izquierda; además del tío de Nueva Inglaterra y la hermana de mi padre.

Fue, mi madre me contó años más tarde, un casamiento muy ruidoso. Los vecinos, enojados, llamaron a la policía. El tío de mi padre, que era el principal causante del ruido, los invitó a tomar un trago. Era oriundo del estado de Maine y no comprendía la falta de humor de la policía de Nueva York.

Yo nací siete meses más tarde.

Nuestro apellido era Chandal. Mis padres me pusieron Ilana Davita. Ilana por la madre de mi madre, que había muerto algunos meses antes de que mi madre partiera para América, y Davita, el equivalente femenino de David, por David Chandal, el tío escandaloso de mi padre, que se había ahogado en un accidente navegando en un yate en las afueras de Bar Harbour, pocas semanas después de la boda.

Años después, descubrí que el tío de mi padre se llamaba así por el abuelo de mi padre, que se había ido de su casa cuando tenía poco más de veinte años y había vagabundado por New Brunswick, luego compró una granja en Point Durrel, en Prince Edward Island, trabajó la tierra por casi cinco décadas y regresó a Maine para morir.

Una vez le pregunté a mi madre, años después de que papá se hubiera ido, qué significaba el apellido Chandal. No estaba muy segura, dijo. Buscó e investigó, pero sus esfuerzos no arrojaron resultados.

—¿No le preguntaste nunca a papá?

—Él tampoco sabía —me dijo ella.

* * *

Desde que tengo memoria, en la pared del dormitorio de mis padres cuelga enmarcada una fotografía de 9x12, a color, de tres sementales blancos que galopan a través de una playa de arenas rojas, con sus cascos removiendo la arena; dos de ellos corren una carrera cabeza a cabeza, y el tercero los sigue de cerca. Corren al borde de un oleaje verde pálido al que quiebran dos líneas bajas y paralelas de olas encrespadas. Más allá, el agua es de un color verde profundo. El cielo es gris. Unos pájaros blancos planean sobre un banco de arena cercano. A la distancia, una línea de acantilados rojizos cruza el horizonte desde la parte superior izquierda hasta casi la mitad de la foto, luego desaparecen dentro del mar. El epígrafe, impreso en una bella letra

manuscrita en tinta negra en el borde inferior izquierdo, reza: *Sementales en Prince Edward Island.*

Desde siempre, recuerdo que un arpa colgaba de nuestra puerta de entrada. Tenía forma de pera, casi dos centímetros y medio de grosor y cinco centímetros de largo; estaba hecha de madera de nogal. Su ancho era de unos quince centímetros en la parte superior y de veintitrés centímetros en la parte inferior. Cuatro bolitas de madera de arce estaban suspendidas en el extremo inferior, con tanzas de distintos largos que las sujetaban a un listón de madera cerca del extremo superior, y descansaban contra cuatro cuerdas de metal tensadas. Las tanzas eran de pesca y las cuerdas eran de piano. Montamos el arpa atrás de la puerta de entrada y, cuando la abríamos o cerrábamos, las bolitas golpeaban las cuerdas y podíamos escuchar *ting tang tong tung ting tang*, el más suave y dulce de los sonidos.

La fotografía y el arpa de la puerta estuvieron presentes en cada departamento de Nueva York donde vivimos durante mi infancia. Y vivimos en muchos.

Nos mudábamos a menudo, más o menos cada año, de casa en casa, de barrio en barrio, en ocasiones de distrito en distrito. En cada departamento donde vivimos, nos visitaba cada tanto un hombre alto y elegante, de traje oscuro y sombrero oscuro de fieltro. Por lo general, venía cuando mi padre no estaba. Se quedaba por algún tiempo en la cocina con mi madre y hablaban en voz baja. Por mucho tiempo no supe quién era. «Un viejo amigo», me decía ella. Una vez la escuché refiriéndose a él como su primo. «Su nombre es Ezra Dinn», respondió titubeante a mi pregunta. Sí, era un pariente, el hijo de su finada tía, su único pariente en América.

Un invierno nos mudamos dos veces en el lapso de tres meses. Recuerdo la segunda mudanza. La fotografía de la playa y los sementales había sido colgada en la pared del dormitorio de mis padres; el arpa colgaba de un clavo en la parte interna de nuestra puerta de entrada, y yo casi que la podía tocar si me paraba en puntas de pie. Pero apenas habíamos desarmado la mudanza, las cajas todavía estaban sin desempacar y, de repente, había de nuevo gente de la mudanza en el departamento: hombres corpulentos que caminaban ruidosamente y refunfuñaban mientras cargaban en sus espaldas nuestros pesados muebles de caoba, las cajas abiertas con los libros de mis padres, los enormes bultos con los papeles y las revistas de mi padre. Recuerdo la mudanza porque mi pequeño cuarto era amargamente frío y

estaba lleno de chinches, así que estaba feliz por no tener que dormir de nuevo allí. Recuerdo también que uno de los hombres de la mudanza, alto, panzón y con una cara carnosa que brillaba de sudor, paseó sus ojos por algunos de los títulos de los libros de mis padres, y su cara se quedó rígida y sus mandíbulas se trabaron. Le lanzó a mi madre una mirada de asco. Ella le llegaba a los hombros, pero le devolvió la mirada desafiante, estirando el cuello y mirándolo fijo hasta que él se dio vuelta.

Desde muy temprana edad, me convertí en una deambuladora. Solía caminar por las calles de cada barrio como un pichón vorazmente curioso. Al principio, mis padres se asustaron porque parecía que me escurría en un abrir y cerrar de ojos y desaparecía. Me retaban muy enojados y repetidas veces, pero no conducía a nada. Yo necesitaba las calles como antídoto contra los límites perniciosos de los departamentos en los que vivíamos. Poseía un asombroso sentido del tiempo y la ubicación, y parecía que siempre podía regresar antes de que se desencadenara un grave pánico parental. Al final, mis padres se acostumbraron a mis idas y venidas y me dejaron sola.

¿Dónde viví durante esos tempranos y apenas recordados años? Puedo evocar trozos de un paisaje surrealista. Altas vías férreas apoyadas sobre elevados y anchos pilares, y el trueno de hierro de los trenes pasando por allí arriba. Largas filas de hombres silenciosos esperando en las veredas por comida. Escaleras poco iluminadas, corredores malolientes, vecinos peleándose, húmedas calles empedradas, mugrientos montículos de nieve, niños llorando, el olor del repollo hirviendo en agua salada, la arena blanco amarillenta de unas altas dunas, las olas armándose y rompiéndose, y siempre, la música del arpa en la puerta y los silenciosos caballos galopantes sobre las arenas rojas de una playa remota.

Un invierno nos mudamos a un edificio cerca de un río. En el departamento que estaba al lado del nuestro, vivía el cabecilla de una pandilla callejera. Estaba en plena adolescencia, era alto y mugriento. Usaba pantalones de pana, una chaqueta azul marino y una gorra de marinero, y olía a arenque y cebolla. Yo lo evitaba cada vez que lo veía. Una vez pasó cuando yo estaba saltando a la soga en la calle con algunas niñas. Puso un pie en el medio de la soga que se balanceaba, le alteró el ritmo y se alejó riéndose. Una tarde, mientras estaba jugando a las escondidas, apareció por

casualidad en el corredor que daba al sótano de nuestro edificio y me asustó con su mirada malvada, los ojos brillantes y el rostro lleno de granos. Una noche escuché su voz a través de las paredes de mi habitación. Se reía de manera estridente. Mi corazón latió acelerado en la oscuridad.

Un sábado por la mañana, estaba en la tienda de la esquina eligiendo un caramelo, con una moneda que mi mamá me había dado, cuando él entró, alto, desgarbado, sucio, con la gorra sobre el ángulo de los ojos. Un viento frío entró con él.

–Cierra la puerta –dijo el vendedor desde el mostrador–. No necesito el invierno dentro de mi negocio.

El muchacho cerró la puerta de un golpe y caminó unos pasos. Me miró. Cerré el puño con mi moneda.

Se acercó a mí. Lo miré fijo. ¡Era tan alto!

–Mi viejo dice que oyó que viviste cerca del puente hace un par de años y en Broome Street antes de mudarte aquí.

Yo recordaba vagamente un puente elevado, agua oscura y el hedor de unas cosas hinchadas cerca de unos pilotes llenos de percebes.

–Hay una pandilla, en esta cuadra, que golpea a niñas que no tienen protección. ¿Quieres protección?

No sabía qué decir porque no entendía la palabra «protección».

El muchacho se inclinó para acercarse a mí. Vi sus ojos oscuros y brillantes, sus rasgos con acné, sus labios húmedos, y sentí en ese instante su desprecio por mi debilidad.

–Ey, te estoy hablando. Las niñas necesitan protección en esta cuadra. Me das un centavo por semana, y yo...

Desde atrás del mostrador, llegó la voz del vendedor, un hombre de pecho ancho, brazos gruesos y manos callosas.

–Izzie, si haces tus negocios en mi local, te rompo la cabeza. Déjala tranquila.

El muchacho se incorporó, inclinó la cabeza hacia atrás. Me fulminó con la mirada desde abajo de la visera de su gorra, luego se dio vuelta y salió del negocio golpeando la puerta.

Esa noche, durante la cena, le pregunté a mi madre qué quería decir la palabra «protección».

Mi madre me explicaba las palabras de una manera especial. Me daba el significado actual de la palabra y una breve reseña de su origen. Si no conocía el origen, lo buscaba en el diccionario en el dormitorio, cerca del escritorio de mi padre.

Me dijo que la palabra «protección» venía de una palabra en una antigua lengua y que alguna vez había significado estar cubierto de frente. Ahora significaba cuidar a alguien de un ataque o insulto.

Quiso saber dónde había escuchado yo esa palabra, y se lo dije.

–Ilana, ¿ves cómo vive la clase obrera explotada? –dijo–. Mira lo que les sucede a sus niños.

–Parece un tipo bastante indecente –dijo mi padre–. Creo que voy a tener una conversación con su padre.

Esa noche estuve despierta escuchando el latido de mi corazón. El radiador emitía unos fuertes estallidos. Mi madre me había explicado una vez que el encargado dejaba que la caldera se prendiera fuego y los radiadores se enfriaran, así el propietario de la casa podía ahorrar dinero. Los propietarios eran capitalistas, dijo. Explotadores de la clase obrera. Pero eso iba a terminar pronto. El mundo iba a cambiar. Sí. Muy pronto.

Sus ojos oscuros se encendían cuando hablaba así.

En la penumbra de mi habitación, escuché un grito. La voz del muchacho atravesó la pared: «No la volveré a molestar. ¡No, no quiero ir con el tío Nathan a Newark! ¡Él no es nadie! ¡Nadie!».

A través de la pared, se escuchaba el sonido de la voz enojada de un hombre, de piel golpeando piel y un llanto ahogado.

Alrededor de una semana después, mi madre me dijo que nos íbamos a mudar de nuevo.

Los departamentos donde vivíamos cambiaban a menudo, pero los amigos de mis padres seguían siendo los mismos. Los adultos me abrazaban, me besaban, me hacían cosquillas, me ignoraban. Una niebla de humo de cigarrillos se concentraba en el aire. Casi todas las conversaciones eran ruidosas y sobre política. Palabras y nombres extraños sobrevolaban como dardos. Materialismo dialéctico, materialismo histórico, modo de producción. Hitler, Stalin, Roosevelt, Mussolini, Trotski. Gángsteres de camisas pardas, asesinos de camisas negras. Sindicatos, jefes, capitalistas. ¡Adelante con la lucha!

Las reuniones siempre terminaban con canciones. Me gustaba que cantaran y los oía desde mi habitación. Mi padre tenía una voz de barítono y, a veces, escuchaba su voz por sobre las otras. Cantaban: «Anoche soñé que veía a Joe Hill vivo como tú y yo». Cantaban: «Solidaridad para siempre. / Solidaridad para siempre. / Solidaridad para siempre, / porque el Sindicato nos hace fuertes». Cantaban: «Y porque es humano, / al hombre le gustaría tener algo de comer. / No se llenará con mucha charla. / Eso no le dará pan ni carne». A veces cantaban tan alto, que estaba segura de que se podía escuchar por toda la casa y, quizás, incluso en la calle. Yo permanecía despierta en mi oscura y fría habitación, escuchando las canciones y los latidos de mi corazón.

Una vez alguien pasó por mi puerta y oí:

–¿Qué demonios hacen viviendo en este lugar? ¿No tienen dinero?

–No lo sé –dijo una segunda voz–. Quizá quieran vivir con el proletariado.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, le pregunté a mi madre qué quería decir la palabra «proletariado».

Dijo que era una vieja palabra de otro idioma que originariamente designaba a una persona sin valor, que no tiene nada para dar a su país excepto sus hijos. Ahora se refería a las personas de más baja condición y pobres.

Yo no estaba segura de haber entendido y le pregunté, con la exasperación de un niño, por qué siempre tenía que darme los significados antiguos de las palabras, por qué simplemente no podía decirme lo que la palabra significaba hoy. Y ella me respondió con paciencia, en su inglés con un leve acento: «Todo tiene nombre, Ilana. Y los nombres son muy importantes. Nada existe a menos que tenga un nombre. ¿Puedes pensar en algo que no tenga nombre? Y, cielo, todo tiene un pasado. Todo –una persona, una cosa, una palabra–, todo. Si no sabes el pasado, no puedes entender el presente ni planear bien el futuro. Vamos a construir un nuevo mundo, Ilana. ¿Cómo podemos desconocer el pasado?».

En esas reuniones, mi padre, con su voz bien potente, rasgos rubicundos y naturaleza afable, parecía casi siempre estar en el centro de la conversación que hacía reír a la gente; mientras que mi madre, con su comportamiento erudito y sus rasgos bonitos, el largo cabello oscuro y su voz suave y musical, casi seguro estaba en el corazón de la charla que hacía que la gente se

pusiera seria. A todos les gustaba mi padre; todos parecían intimidados por mi madre.

Una mañana, después de una reunión que había terminado a los gritos, con discusiones, amenazas y el ruido de cosas rotas, acostada en la cama de mi fría habitación, oí sonar el timbre. Los pasos de mi padre hacían eco en el pasillo del departamento. Escuché el suave sonido del tintineo del arpa y una breve conversación que no entendí. Dos semanas después, nos mudamos de nuevo.

* * *

Mi madre quedó embarazada. Yo tocaba su panza dura. Fue al hospital y dio a luz a un varón.

Mi padre daba vueltas de aquí para allá, y se lo veía deslumbrado. Nos preparaba las comidas. Yo ponía la mesa y lo ayudaba a limpiar. Me quedaba despierta en la oscuridad, escuchando los ratones escurridizos.

Caminaba ida y vuelta a la escuela sobre una nieve teñida de marrón por la mugre de la ciudad, hecha hielo en las veredas. Una tarde, para acortar la caminata, tomé un atajo por un terreno baldío, una tierra salvaje de pasto muerto, arbustos grises, latas oxidadas y mierda de perro sobre una fina capa de nieve y hielo. Caminé rápido por el baldío hasta la calle paralela. Un ventarrón helado soplab a través de las calles. En una parte solitaria de la calle, un niño de mi clase me vio y me gritó desde la puerta de su casa: «Ey, Ilana, no te metas en la otra cuadra. A la pandilla de ahí no le gustan los que no son *goy*».

No entendí lo que me estaba diciendo y continué. Las ráfagas de viento me hacían llorar los ojos. ¿Tenía mi mamá suficiente calefacción en el hospital? ¿El propietario del hospital apagaría la caldera por la noche? Caminé rápido por las calles grises del atardecer, necesitaba urgente ir al baño y esperaba la repentina aparición de una rabiosa horda de niños. No pasó nada.

—¿Qué es un *goy*? —le pregunté a mi padre esa noche.

—Es como los judíos llaman a alguien que no es judío. Es el término hebreo para «gentil». Para los judíos, yo soy *goy*.

—¿Y yo soy *goy*?

–No, mi amor. Tu mamá es judía, entonces tú eres judía. El judaísmo se transmite por línea materna.

–Para ti, ¿yo soy judía?

–Para mí, Davita, todo tu ser es judío, todo tu ser es gentil, todo tu ser es marxista, todo tu ser es...

–¡Papá!

–... hermoso y eres mi amor especial.

Me hizo cosquillas, me reí y lo abracé.

Mi madre regresó a casa. Estaba pálida y muy débil.

A mi hermanito le pusieron el nombre del abuelo de mi madre. El bebé se veía rojo y escuálido, y lloraba muchísimo. Al parecer, tenía un problema en el estómago y en la respiración. Tosía haciendo sonidos extraños y no podía comer ni dormir.

Cierta oscuridad se instaló en los hermosos rasgos de mi madre. Mi padre se desplazaba sigilosamente dentro del departamento, murmurando.

Hubo una tormenta de nieve. Caminé hasta la escuela pisando nieve y, de regreso a casa, corté camino a través del baldío y avancé por blancas calles invernales que estaban casi vacías de tránsito y peatones.

Un día, tres muchachos salieron de un callejón y se pararon frente a mí bloqueándome el paso. Usaban chaquetas de invierno y gorras oscuras. Uno de ellos llevaba un cigarrillo en la boca.

–¿Vives aquí, nena? –Quiso saber.

–Ella no vive aquí –dijo otro–. Conozco a todos los que viven aquí.

–¿Qué ‘tas haciendo en esta cuadra, nena? –preguntó el tercero.

Respondí en una voz que no reconocí:

–Vuelvo a casa de la escuela. Estoy en primer grado.

Hubo una breve pausa.

El que tenía el cigarrillo dijo:

–¿Judía?

Se quedaron ahí, mirándome y esperando. Temblé en el viento cortante. Pasó un auto salpicando nieve sucia.

–Mi padre no es judío –me escuché decir en esa voz que no reconocía.

–No nos gustan los extraños en nuestra cuadra, nena –dijo el tercero.

Su tono ya no era hostil. Ahora hablaba para impresionar a los otros.

El que tenía el cigarrillo dijo abruptamente:

–¿Tu vieja es judía?

No dije nada.

Estaban parados en medio del viento, esperando.

–Oye, nena –dijo el del cigarrillo–. ¿Eres sorda o qué?

–Mi madre es judía –dije en la misma voz extraña.

Siguieron parados ahí, indecisos, sin dejarme pasar. El viento soplaba a través de mis ropas. Yo necesitaba un baño. Sostenía mis libros y estaba de pie, tiritando. Luego me largué a llorar y no pude controlarme más. Me quedé parada llorando y me hice pis encima: sentí cómo una tibia humedad se esparcía por mi ropa interior y se escurría hacia abajo dentro de mis medias y mi traje para la nieve.

Uno de ellos dijo:

–Ay, mierda, déjenla ir. Es sólo una niña.

El que tenía el cigarrillo dijo:

–Es un poco judía y está en nuestra cuadra.

El tercero dijo:

–Vamos, Vince. ¡Por Dios! Es tan sólo una nena chiquita.

–Está bien –dijo el que tenía el cigarrillo–. Está bien. Vete de aquí, nena. Y mantente alejada de nuestra cuadra.

–Sí –dijo el segundo–. La próxima vez no tendrás tanta suerte.

Corrí. Los sentí reír detrás de mí. Recuerdo esa risa. La humedad entre mis piernas ahora estaba fría, pegajosa, un charco de vergüenza secreta.

Entré en el departamento con mi llave. Se escuchó la dulce melodía del arpa de la puerta. No había nadie en casa. Me cambié la ropa y no dije nada. Me pregunté por qué el departamento estaba vacío.

Mi madre había ido con mi hermanito al hospital. Esa noche él murió.

Ella lloraba y mi padre la contenía. La pude escuchar a través de las paredes de la habitación. No sé dónde vivíamos entonces, pero recuerdo a mi madre llorar y a mi padre tratando de calmarla, y los radiadores del departamento contrayéndose por el frío, y una voz en la oscuridad diciendo «ey, niña, ¿eres judía?», y mi corazón luchando como un animal contra su prisión dentro de mi pecho.

Pocas semanas después, mi madre comenzó nuevamente a embalar todas nuestras pertenencias.

Después de esa última mudanza, mi madre se enfermó. No podía levantarse de la cama. Vino un doctor. También vino el hombre alto y

distinguido del traje oscuro y el oscuro sombrero de fieltro; lo escuché hablar con mi padre, pero no pude entender lo que decían. De vez en cuando, captaba algún destello de mi madre a través de la puerta parcialmente abierta de la habitación. Permanecía quieta en su almohada blanca, con su largo cabello oscuro sobre el rostro y los hombros. Una infección, oí a mi padre decirle a un vecino. Una enfermedad de mujer. Oh, sí, fiebre alta, muy alta. Sí, grave, muy grave.

Una tarde, pocos días después de que mamá se enfermara, volví de la escuela al departamento. Cerré la puerta y me quedé quieta durante un momento, escuchando la música del arpa. De la cocina salió una mujer que nunca había visto antes. Quedé muy sorprendida.

–¡Hola! –dijo la mujer con una voz alegre–. Eres Ilana Davita. Soy tu tía Sara, la hermana de tu papá. Era hora de que nos conociéramos. Por Dios, eres hermosa. Deja tus libros y quítate el abrigo. ¿Qué tal un vaso de leche y unas galletitas?

La miré con recelo.

–¿Cómo entraste?

–Niña querida, tu padre me hizo entrar y luego se fue a trabajar.

–Papá no me dijo que venías

–Él nunca sabe cuándo vengo. Yo nunca sé cuándo vendré. ¡Pero aquí estoy! ¿Quieres la leche y las galletitas?

Era alta, esbelta y tenía los pechos chatos, la piel pálida, los ojos azules y unos dedos largos. Su cabello era corto, lacio y rubio. Tenía más o menos la edad de mi madre. Se instaló en nuestro departamento y se desplazaba de un lado a otro en uniforme de enfermera –delantal y cofia– y zapatillas, y hablaba en un tono de voz bajo y alegre. Tenía muchos de los rasgos y los gestos de mi padre: las comisuras de sus finos labios parecían dibujadas hacia arriba en una sonrisa perpetua, caminaba de una forma desgarbada, se dejaba caer en una silla y, recostándose hacia atrás, se relajaba profundamente. Pronunciaba las palabras como lo hacía mi papá. Había una pasión reprimida con cuidado en sus modos y una luz de ingenio en sus ojos, como la luz en los ojos de mi padre cuando escribía acerca de huelgas o hablaba sobre comunistas y fascistas.

Dormía en el sillón cama del living. Cocinaba, lavaba la ropa, barría y fregaba los pisos. Todas las mañanas se despertaba, se vestía y leía durante unos minutos un libro, pronunciando las palabras suavemente. Leía ese libro

después de cada comida y antes de ir a dormir. A veces, cantaba canciones con palabras y melodías extrañas. «Canciones folclóricas inglesas –me decía en respuesta a mi pregunta–. Y canciones sobre Jesús. ¿No son hermosas?».

Pasaba mucho tiempo en la habitación con mi madre. Yo me preguntaba de qué hablarían. ¿Estaba mi madre en condiciones de hablar? No, decía mi tía. Mi madre sólo permanecía en la cama y miraba el techo o la foto de la playa y jugaba con su cabello. Sobre todo, dormía mucho. Mi tía se quedaba con ella para que mi madre recordara que había otra gente a su alrededor; es importante para todos saber siempre que no estamos solos, decía mi tía. Le pregunté qué hacía todo el tiempo que pasaba allí dentro. «Oh, me mantengo ocupada», dijo alegremente. Había mucho para hacer. «A veces, leo del Libro de los Salmos», dijo.

Yo no sabía qué era eso.

Al comienzo de la segunda semana de la enfermedad de mi madre, el diario envió a mi padre fuera de Nueva York. «Una huelga –dijo con su taza de café, tratando de que su voz sonara ligera–. Vuelvo en unos días, mi amor. Sé buena niña y obedece a tu tía Sara».

Ese domingo mi tía se despertó muy temprano –tal como lo había hecho el domingo anterior–, se puso un sombrero de lana verde y zapatos marrones de taco bajo y dejó el departamento. El arpa de la puerta me despertó. Mi tía estuvo fuera cerca de una hora. A su regreso, el arpa tocó su melodía. Yo estaba en la cocina comiendo cereales. El alegre rostro de mi tía estaba enrojecido por el frío, que yo podía oler desprendiéndose de su ropa.

–Un fantástico día de Maine –me dijo feliz–. Aire frío y limpio. ¿Tu madre duerme todavía? Bien. Niña querida, ¿por qué no nos preparamos un chocolate caliente? Espera que me saque estas ropas de domingo. ¿Alguna vez has ido a misa? ¿Y Navidad? ¿Celebran el nacimiento del Señor? No, supongo que no. Vuelvo enseguida.

Por la noche, ella me acostaba, apagaba la luz y me contaba extrañas historias en su voz ronca, expresiva y ligeramente nasal. Me habló sobre un peregrino llamado Smith y de una mujer india llamada Pocahontas. Me contó sobre la escritora George Sand. «Hace cien años, fue la mujer más famosa de Europa. ¿Estás dormida, Davita?».

Yo no dormía. Me contó sobre las mujeres pioneras que dejaron sus cómodos hogares para ir al Oeste con sus hombres. «El Oeste era una tierra muy salvaje. Las mujeres se instalaban en casas que quedaban lejos unas de otras. Tierra yerma, sin

árboles, vientos crueles. El sol quemaba en verano y la nieve caía sin parar en invierno. Así eran las praderas. Kilómetros y más kilómetros de un vacío imperturbable. ¿Puedes imaginártelo, Davita? Chatura y vacío a tu alrededor y, sobre tu cabeza, el inmenso cielo. Los hombres salían de caza, se iban a comerciar y estaban fuera durante semanas. Es terrible estar solo, terrible. ¿Qué piensas que hacían las mujeres en ese tiempo solitario? ¿Estás todavía despierta, Davita? ¿Estás escuchando? Usaban su imaginación. Así es, su imaginación».

Yo la escuchaba. En la fría oscuridad de mi cuarto, recostada en mi cama, escuchaba a mi tía Sara de Maine contarme esas historias sobre los colonos y los indios y las mujeres solitarias que usaban su imaginación para luchar contra su soledad. Mi madre nunca me contó historias como esas, sus historias eran sobre Polonia y Rusia y, a veces, sobre una bruja malvada llamada Baba Yaga. Escuchaba las historias de mi tía Sara y, en algunas ocasiones, veía a las mujeres dentro de mis ojos.

Una noche me contó sobre una de las mujeres pioneras que se acostaba entre las ovejas para sentirse acompañada. «¿Lo puedes imaginar, Davita? No había nadie alrededor en varios kilómetros a la redonda. Su marido estaba de viaje y ella estaba sola. ¡Qué horrible puede ser la soledad! Se acostó entre las ovejas, mirando hacia el cielo y sintiendo el calor de los animales. Hizo eso durante casi todo el invierno y la primavera. Sola en esa casa, en la vasta pradera, sola con las ovejas. Un día de primavera, comenzaron a subir las aguas del arroyo cercano a su casa. Ató los caballos y cruzó a todas las ovejas de una orilla a otra por esos remolinos de agua. El agua llegaba hasta el piso de la carreta. Ella estaba aterrorizada. Pero salvó a todas las ovejas».

¡Era una historia apasionante! Me gustaba esa historia. De un lado al otro del río embravecido para salvar las ovejas.

La tía Sara me contó muchas historias así durante las semanas que se quedó en nuestro departamento; anécdotas sobre mujeres que habían ayudado a fundar lugares con nombres como Kansas, Oklahoma, Montana, Wyoming, Arizona, Colorado; nombres con una resonante musicalidad que yo continuaría escuchando cada noche, luego de que ella pensara que me había quedado dormida y se fuera de mi cuarto.

Una noche le pregunté a qué se dedicaba. ¿Era periodista como papá? No, dijo. Era enfermera. «Una enfermera de la Iglesia y para nuestro señor

Jesucristo».

No entendí a qué se refería.

Mi madre comenzó a caminar por el departamento, pálida y apesadumbrada. Era el comienzo de la primavera, la nieve había desaparecido de las calles.

Cuatro semanas después de haber llegado, mi tía preparó sus valijas. La observé. «Es hora de ir a casa –dijo enérgica y animadamente–. Hay tiempo para todo bajo el sol. Un tiempo para esto y un tiempo para aquello. Ahora es tiempo de volver a casa. ¿Dónde he puesto mis chinelas?».

Me quedé parada en la entrada con mis padres y la tía Sara. Ella se agachó para besar mi frente y sentí, en ese instante, su calidez, y estallé en lágrimas. «Sin lágrimas. A la tía Sara no le gustan las lágrimas. Un desperdicio. ¿Acaso las pioneras lloraban? No olvides mis historias, Davita».

Mi padre sacó su equipaje de la casa. El arpa tocó suavemente su dulce y sencilla melodía.

Luego, durante semanas, me desperté en medio de la noche pensando que mi tía Sara estaba en mi cuarto. Me quedaba acostada en la oscuridad y me imaginaba a mí misma escuchando sus historias. Algunos meses después de que mi tía se fuera, volvimos a mudarnos.

Ahora vivíamos en un edificio de cuatro pisos y ladrillos colorados, en una estrecha calle del lado oeste de Manhattan. Mi padre viajaba a menudo. Ese invierno había huelgas, y él escribía sobre el tema para su diario y para algunas revistas.

Una mañana, durante el desayuno, le pregunté a mi madre:

–¿Qué quiere decir «huelga», mamá?

Me miró sombríamente y me dijo que era una palabra con varios significados.

–¿Qué significa donde papá está?

–La huelga es cuando la gente deja de trabajar para forzar a los patrones a que le dé más dinero o un mejor lugar de trabajo.

Me dio también algunos otros significados de la palabra. No entendí cómo una palabra podía tener tantos significados: dejar de trabajar. Asustar a alguien. Golpear a alguien. Entrar en la mente. Parar.

–¿Estuviste alguna vez en una huelga, mamá?

–Sí, mi amor. Hace muchos años. Y mi abuelo, cuando era joven, organizó una huelga en Rusia, en una ciudad llamada Odessa.

Sus ojos se volvían soñadores cuando mencionaba a su abuelo. A menudo hablaba de él.

–¿Tu abuelo está muerto?

–Sí.

Había comenzado a darme cuenta de que todas las cosas vivas mueren. Muchas veces, me quedaba despierta por la noche tratando de entender eso. Todas las cosas vivas mueren.

–¿Puede una huelga lastimar a la gente?

–A veces.

–¿Papá se va a lastimar?

–No lo creo.

–Mami, ¿a dónde va la gente que se muere?

Me dijo algo.

No pude captar su respuesta. Interminable oscuridad en la tierra o cenizas esparcidas.

–¿Mi hermanito está muerto así?

–Sí –me dijo luego de un instante.

–¿Papá y tú morirán?

–Sí. Pero espero que dentro de mucho tiempo, querida. Ahora termina tu desayuno. No quiero que llegues tarde a la escuela.

Dos días después, mi padre regresó a casa, cansado y sucio. Se bañó, durmió y se sentó ante su escritorio a escribir. Afuera de mi ventana, la nieve caía silenciosamente en las calles y los autos circulaban con sonidos amortiguados.

Al segundo día de su regreso, le pregunté a mi padre durante el desayuno:

–Papá, ¿hubo heridos en la huelga?

Estaba encorvado sobre su plato, absorto en sus pensamientos. A menudo, cuando escribía, no escuchaba cuando le hablaban. Se dedicaba a dos tipos de escritura. Una, a la que llamaba su escritura especial, era la que realizaba en casa, en su escritorio, a menudo bien entrada la noche. La otra, a la que denominaba su escritura habitual, era la que desarrollaba en algún escritorio de un diario en Manhattan. Su escritura habitual aparecía en el diario para el que trabajaba; su escritura especial se publicaba en revistas.

Le pregunté a mi madre:

–¿Papá todavía sigue con su escritura especial?

Lo miró y asintió.

Mi padre estaba sin afeitarse y parecía no haber dormido. Entonces tenía entre treinta y cuarenta años, era un hombre alto y atractivo, con cabello castaño ondulado y ojos azules, nariz recta, un mentón pronunciado y una boca fácil para la risa. Excepto cuando se dedicaba a su escritura especial, parecía poseído por una cantarina genialidad de espíritu que alegraba los corazones de quienes lo rodeaban. Tenía una forma ligera de entrar en mi cuarto, sentarse en mi cama y decir: «Es hora de hablar, mi amor». Él fue quien me habló primero de Paul Bunyan¹, Johnny Appleseed², el barón de Münchhausen³ y otros refinados caballeros de hazañas legendarias. Sobre todo le gustaba hablarme de Paul Bunyan. Y con él aprendí sobre Maine y sus lagos y colinas y pueblos costeros e islas.

Esa mañana, luego de que le pregunté otra vez sobre la huelga, me dijo:

–Sí, hubo heridos. Uno grave.

–¿Murió alguien?

–No.

–Me alegro.

–Come tus cereales, Ilana –dijo mi madre en voz baja.

–No quiero que muera nadie, papá. Es oscuro como un bosque grande, y siempre es así y nunca se termina.

Lentamente mi padre volvió su cabeza hacia mí y me miró.

–¿Qué se siente estar muerto, papá?

–No lo sé, mi amor. Nunca nadie ha regresado para contarlo.

–Puedes hablarlo con papá en cualquier otro momento, Ilana –dijo mi madre–. Papá tiene que terminar su artículo hoy.

A menudo trabajaban juntos en su escritura especial. Mi padre venía al living o a la cocina y leía en voz alta lo que había escrito. Escribía a mano, y mi madre, a veces, tenía dificultad para leer su letra. Ella le hacía sugerencias en un tono suave, y mi padre volvía entonces a su escritorio.

–Tenía miedo de que a papá lo mataran en la huelga.

–Error, mi amor. Error. Ven aquí y dame un océano de abrazos. Así está bien. Más fuerte. Sí. Ese es un abrazo.

Desde donde estaba parada cerca del horno, mi madre dijo:

–Llegarás tarde a la escuela, Ilana. Y tu padre tiene que ir a trabajar. Terminemos el desayuno. ¿Quieres otra taza de café, Michael?

Mi padre completó su escritura especial esa noche. Dos noches después, unas veinte personas vinieron al departamento para una reunión.

Me quedé en la cama escuchando la reunión. ¡Qué ruidosa era! De vez en cuando, por encima de la marea de ruido, oía el estruendo de la voz de mi padre. Lo imaginaba riendo y con los ojos llenos de luz. Era un hombre fuerte, con brazos y hombros musculosos. Acostada en la oscuridad, escuchaba su voz. Parecía estar dentro de mi cuarto. Su voz con su música de Nueva Inglaterra.

De repente, el ruido desapareció y la reunión quedó en silencio. Mi madre había comenzado a hablar. Escuché el silencio, la tos ocasional, la suave melodía del arpa de la puerta que acompañaba la entrada de un visitante tardío. Mi madre mencionó el nombre de Stalin. Dijo: «No somos esclavos de una idea universal» y «en la familia capitalista, el marido es el burgués; la mujer, el proletariado». Continuó hablando durante un tiempo. Escuché que alguien la interrumpió para decir: «Camarada, no obedecemos órdenes aquí como lo hacen en el Bronx». No pude escuchar la respuesta de mi madre. Mi cuarto estaba helado, mi cama parecía un lago congelado. Mi madre seguía hablando. Me dormí.

A la mañana siguiente, en el desayuno, le pregunté a mi madre qué quería decir la palabra «idea».

–Esa es buena –dijo mi padre alegremente, levantando la vista del diario–. A ver cómo te la ingenias, Annie. Te va a mantener ocupada un rato.

–Se te enfrían los huevos, Michael.

Mi padre bajó el diario y vi su nombre bajo el titular, en la columna de la derecha de la primera página: Michael Chandal.

–Anoche te escuché usar la palabra «idea», mamá.

–¿No duermes nunca, mi amor? Estás adquiriendo mis malos hábitos, te estás convirtiendo en una noctámbula. Hay que tener cuidado con los noctámbulos, Davita. Evítanos como a la plaga. Trataré de explicarte lo que es una idea, Ilana. Come tus cereales mientras hablo.

La palabra «idea», dijo, vino de una antigua palabra que originariamente quería decir ver. Una idea era algo que existía en la mente de una persona. Podía ser un pensamiento, una opinión, una fantasía, un plan de acción, una

creencia. Antes significaba una imagen mental, un dibujo de alguien o algo, un retrato. Sin embargo, nadie la usaba ya con ese sentido.

–Davita, mi amor, ¿hemos entendido algo de todo eso? –preguntó mi padre de manera genial.

–Mamá, ¿lo que llamas estalinismo es una idea?

Mi padre dejó de masticar y me miró.

–Sí –respondió mi madre sonriendo ligeramente.

–¿Y es una idea estar con frío por la noche en la cama?

–No, tesoro. Eso es un sentimiento.

–Es un propietario capitalista. Eso es lo que es.

–¿Es una idea cuando escucho el arpa de la puerta?

–No, mi amor. Eso es el oído. Es uno de tus sentidos, como la vista, el tacto y el olfato. Una idea es algo que está en tu mente, en tu cabeza. Cuando piensas en el arpa de la puerta, eso es una idea.

–Cuando pienso en la casa y la playa y el océano, ¿eso es una idea? –De repente recordé el mundo de la playa en el que pasábamos nuestros veranos.

–Sí, Ilana.

–¿Se mueren las ideas, como la gente y los animales y las aves?

–A veces.

Me senté a la mesa en nuestra pequeña cocina y contemplé la pálida luz del sol invernal que brillaba por la ventana.

–Bueno –dijo mi padre empujando hacia atrás su silla y poniéndose de pie–. Sin dudas, ha sido uno de mis más esclarecedores desayunos. Ahora tengo que ir a trabajar. Ahí hay una idea para ti. Trabajo. Una idea poderosa. Annie, acuérdate de llamar a Roger por lo de Jakob.

–Me acuerdo –respondió mi madre.

Mi padre se dirigió a mí:

–Davita, un escritor llamado Jakob Daw vendrá a quedarse con nosotros en casa por un tiempo. Te lo digo ahora para que no te sorprendas, como sucedió cuando te topaste con la tía Sara.

–¿Jakob Daw es de Maine?

–Jakob Daw es de Austria. Es un viejo amigo de tu madre.

Vi cómo mi madre miraba hacia el piso, con el rostro inexpresivo.

–¿Jakob escribe ideas?

–No lo sé. ¿Escribe ideas, Annie?

–Sí, se podría decir que escribe ideas –la voz de mi madre sonaba atípicamente apagada– y sobre cosas de su imaginación.

–Bueno –dijo mi padre–, este ha sido un desayuno interesante. ¿Le dará mi niña un abrazo a su papi? Un abrazo enorme como una montaña.

Vi a mi madre mirarnos con ojos afligidos.

Mamá está pensando en algo, me dije. Tiene una idea.

–¡Ese sí que fue un abrazo! –dijo mi padre.

Dos días después, mi padre viajó a cubrir una huelga en un molino textil al norte de Maine. Se fue casi por una semana. Regresó con un corte profundo en el cuero cabelludo y el hombro izquierdo dolorosamente dislocado.

Se sentó al escritorio a escribir.

Yo deambulaba en silencio por el departamento, asustada. Y una tarde pasé por el cuarto de mis padres y, a través de la puerta semientornada, vi a mi padre recostado en la cama con las manos sobre los ojos, la luz de su lámpara de escritorio sobre sus papeles y la lapicera Waterman negra con la que escribía. En la pared, sobre el escritorio, estaba la fotografía enmarcada de la playa y los caballos. La contemplé durante un largo rato. Me imaginé que podía oír el impacto de los cascos amortiguado por la arena. Luego escuché a mi padre decir claramente, en una voz que no reconocí: «¿Ay, Dios, de qué mierda se trata todo esto? ¿Cómo puede ser algo? No es ni una maldita cosa. No es nada. Eso es lo que es. ¡Nada!».

Me retiré sigilosamente de la puerta, fui a mi cuarto y me quedé parada junto a la ventana mirando la calle. Unos montículos de nieve sucia se apilaban en los cordones. Algunas pocas personas solitarias caminaban como juguetes a través del viento.

La puerta de entrada se abrió. Mi madre había regresado de la tienda. La puerta se cerró. El arpa sonó suavemente. Fui de mi cuarto hacia la cocina para ayudar a mi madre con las compras.

De vez en cuando, mi madre me contaba un viejo relato ruso de una hermana y un hermano que huían de la malvada bruja Baba Yaga. Dos niños perdidos corrían en medio de un vasto paisaje abierto, desértico y de suelo pedregoso. El niño llevaba un pequeño morral de cuero en el que había tres objetos mágicos: un guijarro, un pañuelo y un peine. Podía usar cada elemento sólo una vez. Una noche, la bruja se acercó peligrosamente y el hermano sacó del morral el peine y lo arrojó a la tierra. Un bosque

enmarañado surgió entre ellos y Baba Yaga. Los niños continuaron su trayecto a salvo. Días más tarde, vieron de nuevo a Baba Yaga siguiéndolos de cerca, con ropas oscuras y la piel verdosa, horrible. El niño sacó el guijarro y lo arrojó. Una montaña altísima apareció de repente entre ellos y Baba Yaga. Continuaron buscando su hogar y a sus padres. Las semanas pasaron. Un día vieron de nuevo a Baba Yaga en una feroz persecución. Rápidamente, el niño sacó el pañuelo y lo apoyó sobre la tierra. Un ancho y rauda río apareció y bloqueó el paso de Baba Yaga. El río se agitó y siseó a lo largo de sus orillas y se llenó de contracorrientes y remolinos traicioneros. La bruja Baba Yaga se quedó parada en la otra margen, gritando y maldiciendo. Los niños se taparon los oídos y huyeron. Ese día, un granjero los encontró dormidos en un pajar, los reconoció y los llevó a casa de sus padres. ¡Qué feliz reunión fue esa! Pronto los niños olvidaron a la malvada bruja Baba Yaga y su larga fuga en plena naturaleza.

Una noche, al inicio de la primavera de ese año, me contó otra vez ese relato. Yo estaba medio dormida en mi cama, escuchando. Cuando terminó, le pregunté:

–¿Qué quiere decir «magia»?

–Es muy tarde ahora, Ilana.

–¿Hay reunión de nuevo esta noche?

–Sí, querida. Pero trataremos de hablar bajito.

Me besó. Un beso frío y seco en la frente. No como los besos de mi padre, siempre cálidos y húmedos, sobre la mejilla. Labios que venían hacia mí y labios que se alejaban. Frío y seco, cálido y húmedo. Mamá y papá.

Desde la cocina, me llegó el sonido de las voces de mis padres. No podía entender sus palabras. Sonó el timbre. Oí los pasos de mi madre en el pasillo. El sonido del arpa quedó ahogado por una avalancha de voces. El departamento se volvió ruidoso. Finalmente me dormí con el ruido del teléfono que sonaba.

La reunión me despertó. Era inusualmente ruidosa. «¿Cuál es la alternativa? –alguien continuaba gritando–. Dime cuál es la alternativa». Una explosión de voces ahogó sus próximas palabras, voces agudas, voces molestas. El aire en mi cuarto vibraba de manera débil con el bullicio de la reunión. Escuché la palabra «España» varias veces. Nunca antes había oído esa palabra. España. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera dormirme de nuevo.